Pier Paolo Pasolini

El fascismo de los antifascistas

La reflexión sobre el fascismo y su evolución histórica recorre toda la obra de Pasolini: este volumen recoge algunos de sus textos más significativos escritos sobre el tema entre septiembre de 1962 y febrero de 1975. En ellos Pasolini advierte contra una nueva forma de fascismo, más sutil e insidiosa, entendida «como normalidad, como codificación del trasfondo brutalmente egoísta de una sociedad». Es el sistema de consumo, que desde los años sesenta se encarga de la homologación cultural de todos los países: un poder sin rostro, sin camisa negra y sin fez, pero capaz de moldear vidas y conciencias. Más de cuarenta años después, estas intervenciones mantienen intacta su fuerza crítica, lo que nos permite captar algunos de los rasgos más profundos del mundo actual.

epublibre

Pier Paolo Pasolini

EL FASCISMO DE LOS ANTIFASCISTAS

ePub r1.0
Titivillus 06.06.2025

Título original: *Il fascismo degli antifascisti*
Pier Paolo Pasolini, 2018
Traducción: David Paradela López

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Nota al texto

Este volumen recoge algunos de los textos más significativos de Pier Paolo Pasolini en relación con el fascismo y sus evoluciones políticas, culturales y lingüísticas, escritos entre septiembre de 1962 y febrero de 1975. Pasolini utiliza el término «fascismo» para referirse al fascismo tradicional y «arqueológico» del ventenio mussoliniano, así como al fascismo «nominal y artificial» de ciertos sectores juveniles de los años setenta, hasta la identificación del nuevo fascismo con la «prepotencia del poder» propia de la civilización de consumo, capaz de modificar el país de manera aún más profunda que el régimen del Duce. A esto hay que sumarle un fascismo «como normalidad, como codificación [...] del fondo brutalmente egoísta de una sociedad» que se presenta como antifascismo pero que, en el fondo, se muestra cómplice con la «manipulación artificial de las ideas con las que el neocapitalismo está modelando su nuevo poder». A más de cuarenta años de distancia, estas reflexiones mantienen intacta toda su fuerza crítica y su capacidad descriptiva, y permiten vislumbrar, aunque sea todavía *in nuce*, muchas de las características más profundas de la Italia actual.

Seis de los ocho artículos que aquí se incluyen provienen del libro *Escritos corsarios* y se publicaron en el *Corriere della Sera*, a excepción de la carta abierta a Italo Calvino, aparecida por primera vez en *Paese Sera*, y de la entrevista a cargo de Massimo Fini dedicada a la película *Fascista* de Nico Naldini. La reseña de esa misma cinta, que precede a la

entrevista, se publicó en el periódico *Il Messaggero* en 1974. El texto que abre el volumen se remonta a doce años antes y se publicó por primera vez en la revista *Vie Nuove*. En las últimas líneas se expresa la voluntad de escribir un «epigrama con el que desearles hijos fascistas a mis enemigos burgueses», que más tarde verá la luz —casi palabra por palabra— en el poema «El hombre de Bandung».

El título *El fascismo de los antifascistas* aparece en *Escritos corsarios* como rúbrica de un artículo aparecido originalmente en el *Corriere della Sera* como «Abramos un debate sobre el caso Pannella»[1].

Fascistas: padres e hijos

Señor Pasolini, ¿por qué tantas mentes jóvenes se sienten atraídas por el peligro del ideario fascista? Nosotros, que vivimos en una sociedad de jóvenes, nos hacemos esta pregunta y no hallamos respuesta…

Michele Brucculeri, Daniele Squinzani (Turín)

Voy a relatarle un caso personal, un ejemplo.

Quizá sepa o se imagine usted que vivo mortificado por una serie de deberes inútiles. Por tener que dar respuestas hueras a preguntas hueras. Es decir, por vivir, en parte, en el mundo de la pseudocultura, o, como dice más explícitamente mi amiga Elsa Morante, de la irrealidad.

Debo esto a la parte pública de mi vida: a esa porción de mí que no me pertenece y que se ha convertido en una especie de máscara de Nuevo Teatro del Arte; un monstruo que debe ser lo que el público quiere que sea. Yo intento luchar, quijotescamente, contra esta fatalidad que me despoja de mí mismo, que me convierte en un autómata de revista y termina repercutiendo sobre mi persona, como una enfermedad. Pero parece que no hay nada que hacer. El éxito es, para una vida moral y sentimental, algo horrendo, y punto.

Muchos, demasiados periodistas han terminado representando, de forma gradual, este mundo enemigo que quiere que sus personajes sean como él cree que son. Y yo, de forma gradual, he terminado sintiendo hacia ellos una especie de rencor, de resentimiento oscuro, de patológica irritación;

en determinados momentos del día, la simple imagen de un quiosco puede hacer que me entren náuseas.

En fin, esto era un preámbulo. Podría habérmelo guardado para mí, es cierto. Pero entiéndame.

Pertrechado con esta cautela, con esta aversión sorda y dolorosa, no tenía la menor gana de que me entrevistasen, hace unas semanas, para una revista de amplia difusión[2]. Me resistí durante un tiempo. Al final cedí, un poco por flaqueza (no soy capaz de obstinarme en la negación de un favor), un poco por ingenuidad (me empeño siempre en creer que las cosas pueden salir mejor de lo que cabría prever por la experiencia). De modo que me dejé entrevistar por una periodista: una mujer todavía joven, algo pálida, pero de facciones duras; la típica mujer llegada de provincias y que vive sola, de su trabajo.

La primera impresión fue buena: y no podía faltar al respeto que por ella sentía concediéndole una entrevista superficial, calculada, fría. Charlamos como si fuera una amiga. Además, era mi primer día de vacaciones después del largo proceso de doblaje de *Mamma Roma*: estaba de bastante buen humor. Fui a recogerla a su casa, junto al blanco y ardiente Tíber, nos encaminamos alegremente hacia via del Mare, en dirección a Ostia, y nos dimos un baño en medio de aquella paz que es como un estruendo de los días más puros del verano. Charlamos un poco de todo, de literatura, de cine, de nosotros. En la medida en que mi eterna timidez me lo permitía, traté de ser absolutamente sincero con ella: y lo cierto es que no me supuso ningún esfuerzo. Tal vez porque ella conocía su oficio, como un buen médico, un buen abogado: que saben escuchar y dejar que uno diga, casi con el silencio, lo que es necesario que uno diga. Yo me

daba cuenta de ello y respetaba su labor: para ella, con respecto a mí, era un título de mérito.

Por lo demás, ella también me habló de sí misma, de sus problemas: la historia de su matrimonio, la historia de su trabajo: y su hijo.

Su hijo, un adolescente de catorce o quince años, nacido de un matrimonio feliz-infeliz, y ahora solo con ella: un hijo fascista.

¿Por qué era fascista? A lo mejor como protesta contra ella: la eterna polémica de los hijos contra los padres, cuando los padres, de algún modo, son objeto de una elemental e inconsciente condena moral. O quizá porque había pasado muchos meses abandonado a sí mismo con una institutriz indiferente, en un barrio bien de la ciudad, con compañeros de colegio ricos y estúpidos y, prácticamente todos, fascistas. Una serie de concomitancias. Cuyo resultado es este hecho absurdo, doloroso: de esos que hacen que aprietes los puños de rabia, que se te forme un nudo de exasperación en la garganta.

Ella, la madre, estaba preocupada: a la manera de un pequeño drama familiar y social. Me explicó que tenía una pugna con su hijo, pero que procuraba no extralimitarse, no chantajearlo en nombre de la autoridad materna o de la experiencia. En fin, que era difícil. Lo había llevado a ver *All'armi, siam fascisti!* y esperaba que no hubiera sido en vano. El Duce, por lo menos, le había parecido al muchacho una figura un tanto delirante y ridícula.

Al cabo, el tema del hijo se agotó, como manda la *souplesse* mundana de este tipo de pláticas, y pasamos a otras cosas.

Y así fue como esa muchacha de rostro desnudo y duro desapareció, con el primer día de vacaciones del verano, de mi complicada existencia.

Unas semanas después, apareció «su artículo» en la revista. Era de lo más ofensivo que pudiera escribirse con respecto a mí: ofensivo porque no lo había escrito el típico imbécil que me detesta en nombre de sus patrones reales o imaginarios, sino una persona instruida, educada, con un nivel periodístico alto. Me ofendía el hecho de que esa persona que tan respetable me había parecido corroborase todos los lugares comunes que personas indignas de ningún respeto han ido acumulando acerca de mí hasta convertirme en esa máscara de Nuevo Teatro del Arte a la que me refería antes: las «experiencias violentas», la «poesía *maudite*», la habilidad para los negocios, el uso gratuito del dialecto y la jerga. Juicios de persona provinciana e ignorante que, casi por inercia, mi amiga por un día repetía con la ebriedad de quien, a través del lugar común, les guiña el ojito a unos cómplices mezquinos.

He aquí una operación fascista: pero fascista en el fondo, en los escondrijos más secretos del alma. Italia se pudre en un bienestar hecho de egoísmo, estupidez, incultura, habladurías, moralismo, coacción, conformismo: prestarse de algún modo a contribuir a esta podredumbre es, actualmente, el fascismo. Ser laico, liberal, no significa nada cuando se halla ausente esa fuerza moral que permite vencer la tentación de ser partícipe de un mundo que en apariencia funciona, con sus leyes tentadoras y crueles. No hay que ser fuerte para enfrentarse al fascismo en sus manifestaciones delirantes y ridículas: hay que ser fortísimo para enfrentarse al fascismo como normalidad, como codificación, diría yo, alegre,

mundana, socialmente elegida, del fondo brutalmente egoísta de una sociedad.

En el fondo, el hijo es menos fascista que la madre; o, por lo menos, hay en su fascismo algo noble de lo que él mismo sin duda no puede ser consciente: una protesta, una rabia. En su honestidad de adolescente, él sabe que el mundo en el que vive es, en el fondo, atroz: y arremete contra él con toda la fuerza del escándalo que tiene para un muchacho su idea del fascismo. El fascismo de la madre, en cambio, implica un desmoronamiento moral, una complicidad con la manipulación artificial de las ideas con las que el neocapitalismo está modelando su nuevo poder.

Confieso que sentí un instante de rabia casi poética contra esa madre. Y se me ocurrió que se merecía tener un hijo fascista, que era lo justo: era una fatalidad que encerraba en sí un equilibrio perfecto entre el debe y el haber. Es más, me vino la tentación, enseguida reprimida, por malvada, de escribir un epigrama; un epigrama con el que desearles hijos fascistas a mis enemigos burgueses. Que os salgan hijos fascistas, que os destruyan con las ideas nacidas de vuestras ideas, con el odio nacido de vuestro odio[3].

(*Vie Nuove*, 6 de septiembre de 1962)

Estudio sobre la revolución antropológica en Italia

2 de junio: en primera plana de *L'Unità* se ve el titular de las grandes ocasiones y reza así: «Viva la república antifascista».

Así es, viva la república antifascista. Pero ¿cuál es el significado *real* de esta frase? Tratemos de analizarlo.

Su origen se halla en dos hechos que, por lo demás, la justifican plenamente: 1) la contundente victoria del «no» el 12 de mayo; 2) la masacre fascista de Brescia del 28 del mismo mes[4].

La victoria del «no» es, en realidad, una derrota no solo de Fanfani y del Vaticano, sino, en cierto sentido, también de Berlinguer y del Partido Comunista[5]. ¿Por qué? Fanfani y el Vaticano han demostrado no haber entendido nada de lo que ha ocurrido en nuestro país en los últimos diez años: el pueblo italiano ha resultado ser —de un modo objetivo y palmario— infinitamente más «adelantado» de lo que ellos creían, confiados todavía en el viejo reaccionarismo campesino y paleoindustrial.

Ahora bien, hay que tener la valentía intelectual de decir que también Berlinguer y el Partido Comunista Italiano han demostrado no haber entendido del todo qué ha ocurrido en nuestro país en los últimos diez años. De hecho, ellos no querían el referéndum; no querían una «guerra de religión» y estaban extremadamente temerosos de que la votación arrojara un resultado afirmativo. Es más, sobre este punto

abrigaban un claro pesimismo. Al final, lo de la «guerra de religión» ha resultado ser una previsión abstrusa, arcaica, supersticiosa y sin ningún tipo de fundamento. Los italianos se han revelado infinitamente más modernos de lo que el más optimista de los comunistas hubiera podido imaginar. Tanto el Vaticano como el Partido Comunista se han equivocado en su análisis de la situación «real» de Italia.

Tanto el Vaticano como el Partido Comunista han demostrado que habían observado mal a los italianos y que no creían en la posibilidad de que su evolución fuera tan rápida, al margen de cualquier cálculo posible.

Ahora el Vaticano lamenta su error. El PCI, en cambio, finge no haberlo cometido y exulta ante el inesperado triunfo.

Pero ¿de verdad ha sido un triunfo?

Tengo buenas razones para dudarlo. En estos momentos ha pasado casi un mes desde ese feliz 12 de mayo y, por eso mismo, puedo permitirme criticar sin miedo a promover un derrotismo inoportuno.

Mi opinión es que ese 59 por ciento del «no» no es una prueba milagrosa de la victoria del laicismo, el progreso y la democracia; en absoluto; más bien es prueba de dos cosas:

1) de que las «clases medias» han cambiado radicalmente —antropológicamente, diría yo—: sus valores positivos ya no son los valores reaccionarios y clericales, sino los valores (vividos todavía de un modo meramente existencial e «innominado») de la ideología hedonista del consumo y la consiguiente tolerancia moderna de tipo americano. Ha sido el propio Poder —a través del «desarrollo» de la producción de bienes superfluos, la imposición del afán consumista, la moda, la información (sobre todo, de un modo arrollador, la televisión)— el que ha creado tales valores, arrojando por la

borda con cinismo los valores tradicionales y la propia Iglesia, que era su símbolo;

2) de que la Italia campesina y paleoindustrial se ha derrumbado, se ha desintegrado, ya no existe, y de que en su lugar hay un vacío que probablemente espera a ser llenado por medio de un aburguesamiento absoluto del tipo que acabo de señalar (modernizador, falsamente tolerante, americanizador, etc.).

El «no» ha sido una victoria, qué duda cabe. Pero lo que en realidad indica es una «mutación» de la cultura italiana: que se aleja tanto del fascismo tradicional como del progresismo socialista.

Si así es como están las cosas, ¿qué sentido tiene la «masacre de Brescia» (lo mismo que antes la de Milán)? ¿Se trata de una masacre fascista que, por lo tanto, implica una indignación antifascista? Si lo que cuenta son las palabras, entonces hay que responder en sentido afirmativo. Si lo que cuenta son los hechos, entonces la respuesta solo puede ser negativa; o, por lo menos, una que actualice los términos en que antiguamente se planteaba el problema.

Italia nunca ha sabido crear una gran Derecha. Este es, probablemente, el factor determinante de toda su historia reciente. Aunque ello no constituye una causa, sino un efecto. Italia no ha tenido una gran Derecha porque no ha tenido una cultura capaz de crearla. Solo ha sabido crear esa derecha tosca, ridícula y feroz que es el fascismo. En este sentido, el neofascismo parlamentario es la fiel continuación del fascismo tradicional. Con la salvedad de que, en el ínterin, se ha roto *toda* forma de continuidad histórica. El «desarrollo», deseado pragmáticamente por el Poder, se ha instituido históricamente en una especie de *epojé* que ha

«transformado» de forma radical, y en pocos años, el mundo italiano.

Este salto «cualitativo» afecta tanto a los fascistas como a los antifascistas: estamos ante una cultura caracterizada por el analfabetismo (el pueblo) y un humanismo indigente (las clases medias) que pasa de una organización cultural arcaica a la moderna organización de la «cultura de masas». El salto es, sin duda, enorme: se trata de un fenómeno, insisto, de «mutación» antropológica. Quizá sobre todo porque ha hecho mutar los rasgos indispensables del Poder. La «cultura de masas», por ejemplo, no puede ser una cultura eclesiástica, moralista y patriótica; esta, en efecto, se halla ligada directamente al consumo, que posee unas leyes internas y una autosuficiencia ideológica que dan pie automáticamente a un Poder que ya no sabe qué hacer con la Iglesia, la Patria, la Familia y otras supercherías por el estilo.

La homogeneización «cultural» que de ello ha derivado nos afecta a todos: pueblo y burguesía, obreros y subproletarios. El contexto social ha mutado en el sentido de que se ha unificado de manera extrema. La matriz de la que salen todos los italianos es ahora la misma. No existen ya diferencias apreciables —más allá de una elección política como esquema muerto que hay que llenar a base de gesticulaciones — entre un ciudadano italiano fascista y un ciudadano italiano antifascista. Ambos son cultural, psicológica y, lo más impresionante, físicamente intercambiables. En su comportamiento cotidiano, gestual, somático, no hay nada que distinga —repito, al margen de unos comicios o una acción política— a un fascista de un antifascista (de mediana edad o jóvenes: en este sentido, a los mayores todavía puede distinguírselos). Esto por lo que respecta a los fascistas y a los

antifascistas medios. Por lo que respecta a los extremistas, la homogeneización es aún más radical.

Quienes cometieron la espantosa masacre de Brescia eran fascistas. Pero profundicemos en su fascismo. ¿Se trata de un fascismo fundamentado en Dios? ¿En la Patria? ¿En la Familia? ¿En el convencionalismo tradicional, en la moralidad intolerante, en el orden militar trasladado a la vida civil? Si ese fascismo se obstina en autodefinirse aún como un movimiento fundamentado en todo lo anterior, ¿se trata de una autodefinición sincera? El criminal Esposti[6] —por poner un ejemplo—, en el caso de que en Italia se hubiera restaurado el fascismo a golpe de bomba, ¿habría estado dispuesto a aceptar la Italia de su falsa y retórica nostalgia? ¿La Italia no consumista, ahorradora y heroica (como él creía)? ¿La Italia incómoda y rústica? ¿La Italia sin televisión ni bienestar? ¿La Italia sin motocicletas ni cazadoras de cuero? ¿La Italia de las mujeres encerradas en casa y medio tapadas? No: es evidente que hasta el fascista más fanático consideraría anacrónico renunciar a todas estas conquistas del «desarrollo». Conquistas que, en virtud nada más y nada menos que de su presencia literal —devenida total y totalizante—, anulan todo el misticismo y todo el moralismo del fascismo tradicional.

Por tanto, el fascismo ya no es el fascismo tradicional. Entonces, ¿qué es?

Los jóvenes de los campamentos fascistas, los jóvenes de las Escuadras de Acción Mussolini, los jóvenes que secuestran a personas y ponen bombas en trenes se dan y reciben el apelativo de «fascistas»: pero se trata de una definición puramente nominal. En realidad, son en todo y para todo idénticos a la inmensa mayoría de sus coetáneos. Culturalmente, psicológicamente, somáticamente —repito—, no hay

nada que los distinga. Los distingue tan solo una «decisión» abstracta y apriorística que, para ser conocida, debe ser dicha. Uno puede pasarse horas conversando como si nada con un joven dinamitero fascista y no percatarse de que es fascista. En cambio, hasta hace diez años, bastaba ya no digo una palabra, sino una mirada, para distinguirlo y reconocerlo.

El contexto cultural del que salen estos fascistas es muy distinto al tradicional. Estos diez años de historia italiana que han llevado a los italianos a votar «no» en el referéndum han producido —por medio del mismo mecanismo profundo— estos nuevos fascistas cuya cultura es idéntica a la de quienes han votado «no» en el referéndum.

Por lo demás, se trata de unos pocos cientos o miles de personas: y, si el Gobierno y la policía hubiesen querido, habrían desaparecido totalmente de escena ya en 1969.

El fascismo de las masacres es, por tanto, un fascismo nominal, sin una ideología propia (pues esta queda anulada por la vida real que viven estos fascistas), y, además, artificial: es decir, deseado por ese Poder que, tras haber liquidado, siempre pragmático, el fascismo tradicional y la Iglesia (ese clerofascismo que sí constituía una realidad cultural italiana), decidió mantener con vida unas fuerzas que —siguiendo una estrategia mafiosa y de Comisaría de Seguridad Pública— pudieran oponerse a la subversión comunista. Los verdaderos responsables de las masacres de Milán y Brescia no fueron los jóvenes monstruos que colocaron las bombas ni sus siniestros instigadores y financiadores. Por consiguiente, resulta inútil y retórico fingir que se imputa una responsabilidad real a estos jóvenes y a su fascismo *nominal* y *artificial*. La cultura a la que pertenecen y que contiene los elementos de su locura pragmática es, lo repito

una vez más, la misma a la que pertenecen la inmensa mayoría de sus coetáneos. Ellos no son los únicos a quienes les impone unas condiciones intolerables de conformismo y neurosis, y por ende de extremismo (que es la conflagración resultante de la mezcla de conformismo y neurosis).

Si su fascismo prevaleciera, sería el fascismo de Spínola, no el de Caetano[7]: es decir, sería un fascismo todavía peor que el tradicional, pero no sería exactamente fascismo. Sería algo que en realidad ya estamos viviendo y que los fascistas viven de un modo exasperado y monstruoso: aunque no sin razón.

(*Corriere della Sera*, 10 de junio de 1974, con el título «Los italianos ya no son esos»)

El verdadero fascismo y, por tanto, el verdadero antifascismo

¿Qué es la *cultura* de un país? La creencia habitual, incluso entre las personas *cultas*, es que se trata de la *cultura* de los científicos, los políticos, los profesores, los literatos, los cineastas, etc.: es decir, la cultura de la *inteliguentsia*. Sin embargo, eso no es así. No se trata tampoco de la cultura de la clase dominante, que precisamente a través de la lucha de clases intenta imponerla, al menos en un sentido formal. Tampoco se trata, en fin, de la *cultura* de la clase dominada, es decir, la *cultura* popular de los obreros y los campesinos. La cultura de un país es el conjunto de todas estas culturas de clase: es la media de estas. Y, por tanto, sería abstracta si no fuera reconocible —o, por mejor decir, visible— en lo vivido y lo existencial y si, por consiguiente, no tuviera una dimensión práctica. Durante muchos siglos, en Italia, estas *culturas* han sido distinguibles, pese a estar históricamente unificadas. Hoy en día —casi de sopetón, como en una especie de Adviento—, la distinción y la unificación histórica han cedido el paso a una homogeneización que, de un modo casi milagroso, hace realidad el sueño interclasista del viejo Poder. ¿A qué se debe esta homogeneización? Evidentemente, a un nuevo Poder.

Escribo «Poder» con P mayúscula —cosa que Maurizio Ferrara tilda de irracional en *L'Unità* (12-6-1974)— solo porque, sinceramente, no sé en qué consiste este nuevo Poder ni quién lo representa. Solo sé que existe. No lo reconozco

ya en el Vaticano ni en los poderosos democristianos ni en las Fuerzas Armadas. No lo reconozco tampoco en la gran industria, puesto que esta ya no se compone de un cierto número, limitado, de grandes industriales: a mí, por lo menos, se me antoja más bien un *todo* (industrialización total) y, para más inri, un *todo no italiano* (transnacional).

Conozco también —porque las veo y las vivo— algunas de las características de este nuevo Poder todavía carente de rostro: por ejemplo, su rechazo del viejo reaccionarismo y el viejo clericalismo, su decisión de abandonar la Iglesia, su determinación (coronada con el éxito) de transformar a los campesinos y los subproletarios en pequeños burgueses, y, sobre todo, su afán, por así decir, cósmico de llevar el «Desarrollo» hasta sus últimas consecuencias: producir y consumir.

El retrato robot de este rostro aún blanco del nuevo Poder le atribuye unos rasgos «modernos» debidos a la tolerancia y a una ideología hedonista perfectamente autosuficiente; pero también unos rasgos feroces y, en esencia, represivos: su tolerancia, en efecto, es falsa, ya que en realidad ningún hombre tuvo que ser nunca tan normal y conformista como el consumidor; y en cuanto al hedonismo, esconde de forma evidente una voluntad de preestablecerlo todo con una crueldad nunca vista a lo largo de la historia. Así pues, este nuevo Poder que todavía nadie representa y que debemos a una «mutación» de la clase dominante es, en realidad —por ceñirnos a la vieja terminología—, una forma «total» de fascismo. Sin embargo, este Poder también ha «homogeneizado» culturalmente a Italia: se trata, pues, de una homogeneización represiva, aun cuando se obtenga por medio de la imposición del hedonismo y de la *joie de vivre*.

La estrategia de la tensión es un síntoma, aunque sustancialmente anacrónico, de todo esto.

Maurizio Ferrara, en el artículo referido (como también Ferrarotti, en *Paese Sera*, 14-6-1974) me acusa de estetismo. Y busca con ello excluirme, recluirme. Muy bien: puede que la mía sea la óptica de un «artista», es decir, como quiere la buena burguesía, de un loco. No obstante, el hecho, por ejemplo, de que dos representantes del viejo Poder (que ahora en realidad sirven, si bien interlocutoriamente, al Poder nuevo) se hayan chantajeado mutuamente a propósito de la financiación de los partidos y del caso Montesi puede ser un buen motivo para volverse loco[8]: o sea, para desacreditar a una clase dirigente y a una sociedad ante los ojos de un hombre hasta tal punto de hacerle perder el sentido de la oportunidad y de los límites, impeliéndolo a un verdadero estado de «anomia». Hay que decir, por cierto, que la óptica de los locos debe tomarse en seria consideración: a menos que queramos ser avanzados en todo salvo en el problema de los locos, limitándonos cómodamente a desterrarlos.

Hay locos que se dedican a observar las caras de la gente y su conducta. Pero no porque sean epígonos del positivismo lombrosiano (como insinúa con grosería Ferrara), sino porque saben de semiología. Saben que la cultura genera códigos; que los códigos generan conductas; que la conducta es un lenguaje; y que en un momento histórico en el que el lenguaje verbal se torna convencional y esterilizado (tecnificado), el lenguaje de la conducta (física y gestual) adquiere una importancia decisiva.

Volviendo al principio del asunto, creo que existen buenas razones para sostener que hoy en día la cultura de un país (en este caso, Italia) se expresa sobre todo a través del

lenguaje de la conducta, o lenguaje físico, *más* una cierta cantidad —completamente convencional y extremadamente pobre— de lenguaje verbal.

Es en ese nivel de comunicación lingüística donde se manifiestan: a) la mutación antropológica de los italianos; b) su absoluta homogeneización en un único modelo.

Por lo tanto: decidir dejarse el pelo largo hasta los hombros o cortárselo y dejarse bigote (en un guiño protonovecentesco); decidir ponerse una banda en la cabeza o bien calarse una boina sobre los ojos; decidir si soñar con un Ferrari o con un Porsche; seguir atentamente los programas de la tele; conocer los títulos de unos cuantos *best sellers*; vestirse con pantalones y camiseta al último grito de la moda; mantener relaciones obsesivas con muchachas a las que se exhibe como un adorno, pero, al mismo tiempo, con la pretensión de que sean «libres», etc., etc., etc.,: todos estos son actos *culturales*.

En la actualidad, *todos* los italianos jóvenes llevan a cabo estos mismos actos, tienen este mismo lenguaje físico, son intercambiables; algo tan viejo como el mundo, cuando se circunscribe a una sola clase social, a una sola categoría: pero la cuestión es que estos actos culturales y este lenguaje somático son interclasistas. En una plaza llena de jóvenes, nadie sería capaz de distinguir, sobre la base de su aspecto, a un obrero de un estudiante, a un fascista de un antifascista; algo que todavía era posible en 1968.

Los problemas de un intelectual perteneciente a la *inteliguentsia* son diferentes de los que tiene un partido o un hombre político, aun cuando su ideología pueda ser la misma. Quisiera que mis antagonistas de la izquierda comprendiesen que alcanzo a darme cuenta de que, en el caso de que el Desarrollo sufriera un parón y entrara en recesión, si los

Partidos de Izquierda no apoyasen al Poder vigente, Italia sencillamente se hundiría; si, por el contrario, el Desarrollo continuase igual que ha empezado, lo realista sería sin duda el llamado «compromiso histórico», único modo para intentar corregir dicho Desarrollo, en el sentido que indica Berlinguer en su informe ante el Comité Central del Partido Comunista (cf. *L'Unità*, 4-6-1974). Con todo, del mismo modo que a Maurizio Ferrara no le competen las «caras», a mí no me compete esta maniobra de política práctica. Es más, mi deber, en todo caso, es el de ejercer la crítica frente a ella, una crítica quijotesca y quizá incluso extrema. ¿Cuáles son, pues, mis problemas?

Veamos uno, por ejemplo. En el artículo que ha suscitado esta polémica (*Corriere della Sera*, 10-6-1974), dije que los responsables reales de las masacres de Milán y Brescia son el Gobierno y la policía italiana: porque si el Gobierno y la policía hubieran querido, esas masacres no se habrían cometido. Es un lugar común. Pues bien, ahora me convertiré definitivamente en el hazmerreír de todo el mundo diciendo que los responsables de esas masacres somos también nosotros, los progresistas, los antifascistas, los hombres de izquierdas. Porque en todos estos años no hemos hecho nada:

1) para que hablar de «masacre de Estado» no se convirtiera en un lugar común y todo quedase ahí;

2) (y más grave) no hemos hecho nada para que no haya fascistas. Nos hemos limitado a condenarlos gratificando nuestra conciencia con nuestra indignación; y cuanto más fuerte y petulante era la indignación, más tranquila se quedaba la conciencia.

En realidad nos hemos comportado como racistas con los fascistas (me refiero sobre todo a los jóvenes): es decir, nos hemos obstinado en creer, apresurada y cruelmente, que es-

taban predestinados racialmente a ser fascistas y que, frente a semejante decisión del destino, no había nada que hacer. Pero no nos engañemos: todos sabíamos, en nuestro fuero interno, que cuando uno de esos jóvenes *decidía* volverse fascista aquello era algo puramente casual, no más que un gesto inmotivado e irracional; a lo mejor habría bastado una sola palabra para que eso no ocurriera. Pero ninguno de nosotros habló nunca con ellos o para ellos. Enseguida los aceptamos como representantes inevitables del Mal. Y quizá eran chicos y chicas adolescentes que no sabían nada de nada y que se lanzaron de cabeza a esa horrenda aventura por mera desesperación.

Pero es que no podíamos distinguirlos de los demás (no digo de los otros extremistas, sino de *todos* los demás). He aquí nuestra horripilante justificación.

El monje Zósima (¡literatura por literatura!) identifica enseguida, entre todos los individuos hacinados en la celda, a Dmitri Karamázov, el parricida. Al punto se levanta de su asiento y va a prosternarse frente a él. Y lo hace (como le explica más tarde al benjamín de los Karamázov) porque Dmitri está predestinado a cometer el más horrible de los actos y a soportar el dolor más inhumano.

Piensen (si es que tienen las fuerzas para ello) en ese muchacho o grupo de muchachos que colocaron las bombas en la plaza de Brescia. ¿Acaso no habría que levantarse y prosternarse frente a ellos? Pero es que eran jóvenes con el pelo largo o con bigote estilo principios de siglo, llevaban bandas en la cabeza o boinas caladas sobre los ojos, eran pálidos y presuntuosos, su problema era ir vestidos todos a la misma moda, tener Porsches o Ferraris, o quizá motocicletas en las que iban montados como pequeños arcángeles idiotas con muchachas a las que exhibían como adornos, sí, pero mo-

dernas, y a favor del divorcio, de la liberación de la mujer y, en general, del desarrollo… En fin, que eran jóvenes como todos los demás: nada los distinguía particularmente. Aunque hubiéramos querido, no habríamos podido ir a prosternarnos frente a ellos. Porque el viejo fascismo, aunque fuera a través de la degeneración retórica, hacía distingos: mientras que el nuevo fascismo —que es algo del todo distinto— ya no; no es humanísticamente retórico, sino americanamente pragmático. Su objetivo es la reorganización y la homogeneización brutalmente totalitaria del mundo.

(*Corriere della Sera*, 24 de junio de 1974, con el título «El poder sin rostro»)

Limitación de la historia e inmensidad del mundo campesino

Querido Calvino:

Maurizio Ferrara dice que añoro una «edad de oro», tú dices que añoro la «Italieta»[9]: todos dicen que añoro algo, y convierten esa añoranza en un valor negativo y, por consiguiente, en un blanco fácil.

Lo que yo añoro (si es que puede hablarse de añoranza) lo he dicho claramente, incluso en verso (*Paese Sera*, 5-1-1974) [10]. Que otros hayan fingido no entenderlo es natural. Lo que me sorprende es que no hayas querido entenderlo tú (que no tienes motivos para ello). ¿Que yo añoro la «Italieta»? ¡Eso es que no has leído un solo verso de *Las cenizas de Gramsci* o de *Calderón*, no has leído una sola línea de mis novelas, no has visto un solo plano de mis películas, no sabes nada de mí! Porque todo lo que he hecho y soy *excluye* por su naturaleza que yo pueda añorar la Italieta. A menos que consideres que he cambiado radicalmente: cosa que forma parte de la psicología milagrista de los italianos, pero que justo por eso me parece indigna de ti.

La «Italieta» es pequeñoburguesa, fascista, democristiana; es provinciana y vive al margen de la historia; su cultura se cifra en un humanismo escolástico formal y vulgar. ¿Quieres que añore todo esto? Por lo que a mí respecta, esa Italieta era un país de gendarmes que durante casi dos decenios se dedicó a arrestarme, procesarme, perseguirme, torturarme y lincharme. Esto un joven puede no saberlo. Pero

tú no. Puede ser que yo haya tenido ese mínimo de dignidad que me ha permitido esconder la angustia de quien durante años y años esperaba todos los días la llegada de una citación del juzgado y temía mirar los quioscos para no leer en los periódicos las noticias más atroces y escandalosas sobre su persona. Pero si todo esto yo puedo olvidarlo, tú, en cambio, no deberías…

Por otra parte, en lo que a mí respecta, esa «Italieta» no ha terminado. El linchamiento continúa. Puede que su promotor sea ahora *L'Espresso*, fíjate, si no, en la nota introductoria (*L'Espresso*, 23-6-1974) a ciertas intervenciones acerca de mi tesis (*Corriere della Sera*, 10-6-1974): una nota donde se hace mofa de un título que yo no he puesto, donde se hacen extrapolaciones ingeniosas a partir de mi texto, obviamente tergiversándolo de una forma horrenda, y donde, por último, se arroja sobre mí la sospecha de que soy un nuevo Plebe: operación que hasta ahora solo habría creído al alcance de esos facinerosos del *Borghese*[11].

Sé muy bien, querido Calvino, cómo transcurre la vida de un intelectual. Lo sé porque, en parte, también es *mi* vida. Lecturas, la soledad del taller, círculos por regla general de pocos amigos y muchos conocidos, todos intelectuales y burgueses. Una vida de trabajo y, en sustancia, respetable. Pero yo, cual señor Hyde, tengo otra vida. Para vivir esa vida, debo romper las barreras naturales (e inocentes) de clase. Derribar las paredes de la Italieta y lanzarme a otro mundo: el mundo campesino, el mundo subproletario y el mundo obrero. El orden en que enumero estos mundos obedece a su importancia en mi experiencia personal, no a su importancia objetiva. Hasta hace pocos años este era el mundo preburgués, el mundo de la clase dominada. Si formaba parte del territorio de la Italieta, era por meras razo-

nes nacionales, o mejor, estatales. Más allá de esta pura y simple formalidad, ese mundo no coincidía en absoluto con Italia. El universo campesino (al que pertenecen las culturas subproletarias urbanas y, hasta hace pocos años, las de las minorías obreras, que eran auténticas minorías, como en la Rusia de 1917) es un universo transnacional que ni siquiera reconoce las naciones. Se trata de un residuo de una civilización anterior (o de un cúmulo de civilizaciones anteriores, todas muy similares entre sí), y la clase dominante (nacionalista) moldeaba ese residuo en función de sus propios intereses y fines políticos (para un lucano —pienso en De Martino—[12], la nación ajena fue primero el reino borbónico, después la Italia piamontesa, después la Italia fascista, después la Italia actual: sin solución de continuidad).

Es este ilimitado mundo campesino prenacional y preindustrial que sobrevivió hasta hace pocos años el que yo añoro (no por nada paso todo el tiempo que puedo en países del Tercer Mundo, donde todavía pervive, aun cuando el Tercer Mundo esté entrando también en la órbita del llamado Desarrollo).

Los hombres de este universo no vivían en una *edad de oro*, del mismo modo que no formaban parte, más que formalmente, de la Italieta. Esta gente vivía en lo que Chilanti ha llamado la *edad del pan*. Es decir, eran consumidores de bienes extremadamente necesarios. Y eso era tal vez lo que hacía extremadamente necesaria su pobre y precaria vida. Está claro, por el contrario, que los bienes superfluos hacen que la vida sea superflua (por decirlo en términos extremadamente elementales y zanjar este tema).

En cualquier caso, que yo añore o no añore este universo campesino es asunto mío. Ello no me impide en absoluto ejercer mi crítica sobre el mundo actual *tal como es*: al con-

trario, puedo hacerlo tanto más lúcidamente cuanto más me distancio de él y cuanto más acepto vivir en él solo de forma estoica.

He dicho, y lo repito, que la aculturación del Centro consumista ha destruido varias culturas del Tercer Mundo (sigo hablando a escala mundial y me refiero, por tanto, también a las culturas del Tercer Mundo, cuyas culturas campesinas son profundamente análogas): el modelo cultural que se ofrece a los italianos (y, por lo demás, a todos los hombres del globo) es único. La adaptación a ese modelo la encontramos ante todo en lo vivido, en lo existencial: y, por tanto, en el cuerpo y la conducta. Es aquí donde se viven los valores, aún inexpresados, de la nueva cultura de la civilización de consumo, es decir, del nuevo y más represivo totalitarismo que se haya visto jamás. Desde el punto de vista del lenguaje verbal, encontramos la reducción de toda la lengua a una lengua comunicativa, con un enorme empobrecimiento de la expresividad. Los dialectos (¡las lenguas maternas!) se alejan en el tiempo y en el espacio: los hijos se ven obligados a no hablarlos porque viven en Turín, en Milán o en Alemania. Allá donde todavía se hablan, han perdido todo su potencial inventivo. Ningún muchacho de los arrabales romanos sería ya capaz, por ejemplo, de entender la jerga de mis novelas de hace diez o quince años: e, ¡ironías de la suerte!, se vería obligado a consultar el glosario anexo, ¡como un buen burgués del norte!

Naturalmente, esta «imagen» mía de la nueva realidad cultural italiana es una imagen radical: concierne al fenómeno como fenómeno global, no a sus excepciones, sus resistencias, sus supervivencias.

Cuando hablo de la homogeneización de todos los jóvenes, en virtud de la cual un joven fascista ya no es distingui-

ble de *todos* los otros jóvenes por su cuerpo, su conducta y su ideología *inconsciente y real* (el hedonismo consumista), estoy enunciando un fenómeno general. Sé muy bien que algunos jóvenes son diferentes. Pero se trata de jóvenes que pertenecen a nuestra misma élite y que están condenados a ser aún más infelices que nosotros: y, por tanto, probablemente también mejores. Digo esto por una alusión (*Paese Sera*, 21-6-1974) de Tullio De Mauro, quien, tras haber olvidado invitarme a un congreso de lingüística en Bressanone, me reprocha mi ausencia: allí, dice, habría visto a unas cuantas decenas de jóvenes que contradicen mis tesis. Lo cual es tanto como decir que si unas cuantas decenas de jóvenes utilizan la palabra «heurística», ello significa que el uso de dicha palabra es común a cincuenta millones de italianos.

Tú dirás: los hombres siempre han sido conformistas (todos iguales entre sí) y siempre ha habido élites. Yo te respondo: sí, los hombres siempre han sido conformistas y lo más iguales posibles entre sí, pero según su clase social. Y, dentro de esa distinción de clase, según sus condiciones culturales particulares y concretas (regionales). Hoy, en cambio (y aquí entra en juego la «mutación» antropológica), los hombres son conformistas y todos iguales entre sí *según un código interclasista* (estudiante igual a obrero, obrero del norte igual a obrero del sur): al menos en potencia, en una ansiosa voluntad de uniformización.

Por último, querido Calvino, quisiera hacerte notar una cosa. No como moralista, sino como analista. En tu apresurada respuesta a mis tesis en *Il Messaggero* (18 de junio de 1974), se te escapó una frase doblemente infeliz. Se trata de la frase: «A los jóvenes fascistas de hoy no los conozco y espero no tener ocasión de conocerlos». Ocurre que: 1) desde

luego, nunca tendrás tal ocasión, entre otras cosas porque si te encontrases con un grupo de jóvenes fascistas en el compartimento de un tren, en la cola de una tienda, por la calle o en una tertulia, *no los reconocerías*; 2) esperar no encontrarse nunca con jóvenes fascistas es una blasfemia porque, al contrario, deberías hacer todo lo posible por identificarlos y salir a su encuentro. No son infaustos y predestinados representantes del Mal: *no han nacido para ser fascistas*. Nadie —cuando han llegado a la adolescencia y han podido elegir, en función de a saber qué razones y necesidades— les ha impuesto de un modo racista el marchamo del fascismo. Lo que impele a un joven a tomar decisión como esa es una atroz forma de desesperación; y a lo mejor habría bastado tan solo con una experiencia distinta, un simple encuentro, para que su destino hubiese sido diferente.

(*Paese Sera*, 8 de julio de 1974, con el título «Carta abierta a Italo Calvino. Pasolini: lo que añoro»)

El fascismo de los antifascistas

Marco Pannella lleva más de setenta días de ayuno: ha llegado al límite; los médicos empiezan a estar francamente preocupados y, más aún, asustados[13]. Por otra parte, no se ve la menor posibilidad objetiva de que se produzca alguna novedad que le permita a Pannella interrumpir un ayuno que a estas alturas puede llegar a ser mortal (conviene añadir que otros cuarenta compañeros suyos han ido sumándose al ayuno).

Ninguno de los representantes del poder parlamentario (ni del Gobierno ni de la oposición) parece ni siquiera mínimamente dispuesto a «comprometerse» con Pannella y sus compañeros. La vulgaridad del realismo político parece incapaz de encontrar ningún punto de conexión con el candor de Pannella y, por extensión, con la posibilidad de exorcizar y englobar su escándalo. Lo rodea un desprecio teológico. Por una parte, Berlinguer y el Comité Central del PCI; por otra, los viejos y poderosos democristianos. En cuanto al Vaticano, hace tiempo que los católicos se olvidaron de que son cristianos. Nada de esto resulta sorprendente, y veremos por qué. Sin embargo, los «menores» (es decir, los que poseen un «poder menor») también se han mostrado renuentes, escépticos y vilmente evasivos con respecto al mensaje de Pannella: por ejemplo, los llamados «católicos del no» o los progresistas más libres (que intervienen a favor de Pannella solo en cuanto «individuos», nunca como representantes de ningún partido o grupo).

Y ahora te maravillarás sobremanera, lector, cuando conozcas los motivos iniciales por los que Pannella y otras decenas de personas tuvieron que recurrir al arma extrema del ayuno ante tal estado de desinterés, abandono y desprecio. Nadie, en efecto, «te ha informado», desde el principio y con un mínimo de claridad y presteza, sobre esos motivos: sin duda, a la vista de la situación que acabo de perfilar, te imaginarás alguna enormidad escandalosa. Sin embargo, son los siguientes:

1) la garantía de que la RAI-TV concediera un cuarto de hora de transmisión a la Liga Italiana del Divorcio y un cuarto de hora al padre Franzoni[14]; 2) la garantía de que el presidente de la República concediera una audiencia pública a los representantes de la LID y del Partido Radical, que en vano la habían pedido y solicitado hacía más de un mes; 3) la garantía de que la Comisión de Sanidad de la Cámara tomase en consideración la proposición de ley socialista sobre la legalización del aborto; 4) la garantía de que los propietarios de *Il Messaggero* asegurasen no una fidelidad genérica a los principios laicos del periódico, sino una información laica y, en particular, el derecho a la información de las minorías laicas.

Como ves, se trata de una petición de garantías normalísima en la vida democrática. La «pureza» de sus principios no excluye, en este caso, su perfecta factibilidad. A la vista, repito, de la absoluta falta de información con la que «toda» la prensa italiana te ha dejado en relación con Pannella y su movimiento, no sería extraño que pensases que el tal Pannella es un monstruo. Una especie de Fumagalli, por decir algo[15]. Alguien cuyas peticiones, «sea como sea» y «por principios», no deben ser tomadas en consideración. Pues bien, para empezar te diré que, según el principio democrá-

tico al que Pannella no renuncia nunca, el propio Fumagalli, a quien he mencionado *pour cause*, tendría derecho a ser tomado en consideración en el caso de que presentase una solicitud «formal» como las que presentaron los radicales. El respeto a la persona —por su configuración profunda, a la que un sentimiento de la libertad cuya formalidad se entiende como sustancial le permite pronunciarse y expresarse a un nivel, por así decir, «sacralizado» por una religión laica incluso con respecto a las ideas políticas más degradadas— es para Pannella el *primum* de cualquier teoría y práctica política. En esto consiste su escándalo. Un escándalo inintegrable, precisamente porque su principio, tanto en sentido estricto como popular, está contemplado por la Constitución.

Pannella pone en práctica este principio político absolutamente democrático a través de la ideología de la no violencia. No obstante, lo que cuenta no es tanto la no violencia física (que bien podría ponerse en discusión): lo que cuenta es la no violencia moral, es decir, la total, absoluta, irrevocable ausencia de cualquier tipo de moralismo. («Sostenemos que es moral lo que a cada cual así le parece.») Es esta forma de no violencia (que se repudia incluso a sí misma como moralista) la que lleva a Pannella y a los radicales al escándalo: el rechazo absoluto a cualquier forma de poder y su consiguiente condena («no creo en el poder y repudio incluso la fantasía si amenaza con ocuparlo»). Fruto de la absoluta y casi ascética pureza de estos principios, que podríamos definir como «metapolíticos», es la extraordinaria limpidez de la mirada que se posa sobre las cosas y los hechos: esta, en efecto, no tropieza ni con la oscuridad involuntaria de los prejuicios ni con esa otra, deliberada, que emana del conformismo. Todo es luz y razón en torno a esa

mirada, que, por tener como objeto cosas y hechos históricos concretos —así como el consiguiente juicio sobre estos —, termina dando pie a las premisas de la escandalosa inaceptabilidad, por parte de las personas de bien, de la política radical («hace veinte años que la letanía de las personas de bien de nuestra política se articula en torno al antifascismo de la línea Parri-Sofri»; «¿… dónde están los fascistas, si no en el poder y en el Gobierno? Son los Moro, los Fanfani, los Rumor, los Pastore, los Gronchi, los Segni y —¿por qué no? —, los Tanassi, los Cariglia y quizá los Saragat, los La Malfa. Contra su política, así lo entiendo, se puede y se debe ser antifascista…»)[16].

Llegados a este punto, me imagino, querido lector, que te ha quedado claro en qué consiste el «escándalo» Pannella; aunque me imagino también que, al mismo tiempo, sientes la tentación de ver tal escándalo como algo quijotesco y verbal. De pensar que la postura de estos militantes radicales (la no violencia, el rechazo a toda forma de poder y demás) ha amarilleado como la del pacifismo, la contestación, etc., y que lo suyo, en fin, no sea más que mera veleidad, lo cual sería incluso santo y santificable, si sus condenas y sus propuestas no fueran tan detalladas y dirigidas *ad personam*.

Sin embargo, las cosas no son así. Sus principios, por así decir, «metapolíticos» han llevado a los radicales a una praxis política de un absoluto realismo. Y no es por esos principios «escandalosos» que el mundo del poder —Gobierno y oposición— ignora, reprime y excluye a Pannella, hasta el punto de convertir, eventualmente, su amor por la vida en asesinato, sino por el realismo de su praxis política. El Partido Radical, y la LID (y su líder, Marco Pannella) son, en efec-

to, los auténticos vencedores del referéndum del 12 de mayo. Y justo eso es lo que «nadie» les perdona.

Ellos fueron los únicos que quisieron y aceptaron el desafío del referéndum, seguros de su aplastante victoria: una previsión que era el resultado fatalmente concomitante de un «principio» democrático irrevocable (aun a riesgo de una derrota) y de un «análisis realista» de la verdadera voluntad de las nuevas masas italianas. Por tanto, la imperdonable culpa del PR y la LID no reside, repito, en un principio democrático abstracto (el derecho a decidir desde abajo y el rechazo a cualquier clase de paternalismo), sino en un análisis realista.

En lugar de ser recibidos y felicitados por el primer ciudadano de la República, en reconocimiento a la voluntad del pueblo italiano, voluntad que ellos habían previsto, Pannella y sus compañeros se ven marginados como si fueran intocables. En vez de aparecer como protagonistas en las pantallas de televisión, no se les concede ni un miserable cuarto de hora de «tribuna libre». Por supuesto, el Vaticano y Fanfani, los grandes perdedores del referéndum, nunca podrán admitir que Pannella, sencillamente, «exista». Pero tampoco Berlinguer y el PCI, los otros perdedores del referéndum, podrán admitir nunca su existencia. Pannella, pues, queda «abolido» de la conciencia y la vida pública italianas.

Llegados aquí, nos enfrentamos a una pregunta. La capacidad de ayuno de Pannella tiene un dramático límite orgánico. Y nada hace suponer que esté dispuesto a claudicar. ¿Qué están haciendo los hombres o los grupos con poder que podrían decidir sobre su suerte? ¿Hasta dónde llegará su cinismo, su impotencia o su cálculo? Desde luego, no juega a favor de Pannella el hecho de que estos ya no tengan gran cosa que perder, ahora que su único problema se

cifra en salvar los muebles y, ante todo, a sí mismos. De repente, la realidad se les ha vuelto en contra; la barca vaticana en la que confiaban para surcar el piélago de forma segura corre ahora serio peligro de hundirse; las masas italianas están hasta la coronilla de ellos y se han convertido, aunque sea a título meramente existencial, en portadoras de unos valores que ellos se tomaban a chacota y que, sin embargo, han resultado ser valores de verdad, hasta el punto de que han anulado los grandes valores del pasado y han llevado a la ruina tanto a fascistas como a antifascistas (de hoy). Hasta lo mínimo que podía pedírseles, es decir, cierta capacidad para administrar, se ha revelado una atroz ilusión: una ilusión de la que los italianos habrán de percatarse por fuerza, ya que —como los valores del consumo y del bienestar— tendrán que vivirla «en carne propia».

Son las izquierdas las que deben intervenir. Pero no se trata de salvar la vida de Pannella. Y menos de salvársela haciendo que las cuatro pequeñas «garantías» que él exigía, más las que luego se les han añadido, sean tomadas en consideración. Se trata de tomar en consideración la existencia de Pannella, del PR y de la LID. Y las circunstancias quieren que la existencia de Pannella, del PR y de la LID coincidan con un pensamiento y una voluntad de acción de una relevancia histórica y decisiva. O lo que es lo mismo, que coincidan con la toma de conciencia de una nueva realidad de nuestro país y de una nueva calidad de vida de las masas que, hasta ahora, les había pasado desapercibida tanto al poder como a la oposición.

Pannella, el PR y la LID han cobrado conciencia de esto con total optimismo, con vitalidad, con la ascética voluntad de llegar hasta el final: un optimismo acaso relativo o, cuando menos, dramático en lo que atañe a los hombres, pero in-

quebrantable en lo que atañe a los principios (que no se ven como abstractos ni moralistas).

Ellos proponen ocho referéndums (reunidos en uno solo): y los proponen desde hace años, como desafío consciente frente a lo que proponía la derecha clerical (y que terminó con la mayor victoria democrática de la historia italiana reciente). Son estos ocho referéndums (derogación del concordato entre el Estado y la Iglesia, de la anulación eclesiástica, de los códigos militares, de las normas contra la libertad de prensa y la libertad de información televisiva, de las normas fascistas y parafascistas del código, entre ellas las referentes al aborto, y, finalmente, derogación de la financiación pública de los partidos), son estos ocho referéndums, pues, los que demuestran, en cuanto ideario concreto y proyecto de lucha política, la visión realista de Pannella, del PR y de la LID. Desafiar al viejo mundo político italiano en este frente y derrotarlo es el único modo de imprimir un giro práctico y decisivo en la situación a la que Italia se ha precipitado, además de ser el único acto revolucionario posible hoy por hoy. Pero esto va en contra de demasiados intereses miserables tanto de hombres como de partidos, y eso es lo que Pannella está pagando en primera persona.

En la vida pública todavía hay momentos trágicos o, peor aún, serios, en los que hace falta reunir fuerzas para jugar. No hay otra solución. Del estilo epistolar pasaré ahora, querido lector, al de la propaganda para sugerirte qué puedes hacer para no cometer, en esta tesitura, lo que los católicos denominan pecado de omisión, o, en cualquier caso, para empujarte a desempeñar el papel, vital, de quien decide tener un gesto «responsable». Podrías terciar en la relación, insoluble, según parece, entre la intransigencia democrática de Pannella y la impotencia del Poder enviando un telegra-

ma o una nota de «protesta» a las direcciones siguientes: 1) las secretarías nacionales de los partidos (salvo el MSI y afines, claro); 2) las presidencias de la Cámara y del Senado.

(*Corriere della Sera*, 16 de julio de 1974, con el título «Abramos un debate sobre el caso Pannella»)

Pobres pero fascistas

¿Cuál ha sido la impresión más viva e inmediata que ha tenido al ver la película de Naldini?

Las impresiones más vivas e inmediatas han sido dos, simultáneas. Le hablaré primero no de la más importante, sino de la primera en el orden temporal, es decir, la que he sentido desde los planos iniciales, o, digamos, desde la secuencia inicial de la película…

Marcha sobre Roma…

Sí. Al ver esa primera secuencia, he observado las caras de los fascistas y de la gente que, partícipe o indiferente, se encontraba a su alrededor. Las personas «importantes» (profesores, abogados, etc.) tenían cara de imbéciles, como de costumbre. Estoy leyendo un libro inédito de Faldella, escrito en 1908-1909: pues bien, son ellos[17]. Son justamente esos imbéciles, gente a veces zafia, ingenua y, sobre todo, de buena fe (no en cuanto fascistas, quiero decir, sino en cuanto pequeños y medioburgueses). Pero a su alrededor estaban las caras de los sicarios fascistas. Caras enjutas, huesudas, con los ojos excavados con fuerza. Caras tersas por una vida de pobreza y hambre. Curtidas por costumbres nacidas de la observación de la más severa economía, de la necesidad (jergones, alcobas polvorientas, estancias vacías, sin calefacción, un par de pantalones y una camisa, la taberna, la misa de los domingos, la periferia urbana, casi campestre). Dicho de otro modo, lo que esos fascistas eran socialmente

tenía infinitamente más fuerza que lo que eran ideológicamente. Eran trabajadores pobres y pequeñoburgueses que no por haber hecho una elección reaccionaria se habían convertido en algo diferente a tantos otros millones de trabajadores y pequeñoburgueses pobres como ellos. Iban a la marcha sobre Roma como quien se va de excursión al campo; como mucho, podemos pensar que, culturalmente, estuvieran imitando la ocupación de Fiume[18]. Era evidente que la mayor parte de ellos habían sido «reclutados», como soldados de fortuna de segundo orden.

Esta primera impresión de encontrarse delante de un tipo antropológico de italiano que ha sido así desde hace siglos y siglos, y que solo en los últimos diez años ha cambiado, dura y se consolida a lo largo de toda la cinta de Naldini. Esta inofensividad, no bonachona o apática, sino «física», de los italianos en camisa negra es extensiva también a los jefes. Los famosos jerarcas, a quienes yo recordaba como el no va más de la ferocidad y el ridículo, resultan ser unos imbéciles patéticos: alguno de ellos inspira incluso una repugnante ternura, de tan estúpido y visiblemente paniaguado, como un animal raquítico. De vez en cuando, estos lanzan a Mussolini unas miradas que son obras maestras de la declamación involuntaria. Es la mirada que el perro que sabe algo de latín le dirige a quien le da de comer.

Esta inofensividad de morralla y de pequeña burguesía hambrienta se acentúa cuando, de manera inevitable, la comparamos con los fascistas y los «jerarcas» actuales. Al lado de los fascistas actuales, que son puros y auténticos nazis, los de entonces tienen un aire de ama de casa que encoge el corazón (sobre todo cuando su entusiasmo fascista se manifiesta en sonrisas sinceras de vieja felicidad pueblerina o campesina); comparadas con las multitudes de hoy, las de

entonces (no necesariamente fascistas) rebosaban dignidad: poseían unos valores de los que el fascismo se aprovechaba, degradándolos. Por último, comparados con los «jerarcas» actuales, aquellos «jerarcas» dan pena. ¿Qué podían robar en aquella Italia miserable? Cuatro tristes perras mal contadas. Se nota. Y entonces uno piensa en los saqueos, los atracos, las violaciones, los delitos de la actual clase dirigente, caracterizada por el parasitismo y el clientelismo, tal y como admiten ahora los propios dirigentes democristianos, sin ruborizarse, en lugar de quitarse de en medio para siempre. En su origen el fascismo no era más que mano de obra de la patronal. Al final se convirtió en una siniestra farsa asesina. Pero, cuando llega a ese punto, la película termina.

No obstante, antes de pasar a mi segunda impresión, quisiera destacar un detalle…

¿Cuál?

Entre todos los personajes de la cinta, hay uno que resulta indiscutiblemente antipático y odioso (en medio de todos esos bufones). Aparece solo un momento y apenas se le ve la cara. Un visto y no visto. Se trata del cardenal Gasparri, durante la firma de los Pactos de Letrán.

¿Y la segunda impresión?

Es, si queremos decirlo así, de tipo estilístico. Naldini toma unas decisiones estilísticas que yo calificaría de férreas en cuanto al plan de la película. Nada de retórica fascista, nada de «chistes» fáciles sobre el fascismo, representación del fascismo a través de materiales elaborados por los propios fascistas, es decir, a través de su idea falsa y real de sí mismos. Naldini, pese a todo, se ve arrastrado por un dato imponderable: la acumulación de un material que tenía casi constantemente por objeto la relación pública entre Mussolini y las llamadas «multitudes oceánicas». Al final, desde el

punto de vista cinematográfico, la película es una película sobre la relación entre un Jefe y su Pueblo. No, desde luego, una película sobre el fascismo (¿cómo iba a serlo, si se servía del material de los propios fascistas?), ni mucho menos una película sobre Mussolini, que aparece tan solo como figura retórica y pública. Es, repito, una película sobre la relación entre un Jefe y su Pueblo. Una relación inaudita, absurda, manifiestamente apañada, recortada y mistificada, ridícula, siniestra; pero, de algún modo, es eso, justo eso, tal como se ve en la realidad física de los materiales de la película. Materiales que se acumulan y al final explotan en una expresividad anómala e involuntaria. Fue un juego terrible, y la película de Naldini juega con ese juego. Por eso es una película bellísima. Aunque también peligrosa, porque son los destinatarios con buena fe quienes aceptan el juego. Quienes la ven con mala fe juegan a «su propio» juego, y, como bien sabemos, son gente que no sabe jugar. El fascismo es un comportamiento tétrico y forzado.

(Entrevista de Costanzo Costantini. *Il Messaggero*, 17 de octubre de 1974)

Fascista

Existe hoy en día una forma de fascismo arqueológico que sirve como pretexto para procurarse una patente de antifascismo real. Se trata de un antifascismo fácil que tiene como objeto y objetivo un fascismo arcaico que ya no existe ni volverá a existir nunca. Empecemos por la reciente película de Naldini: *Fascista*. Esta película, que se plantea el problema de la relación entre un jefe y la multitud, ha demostrado que tanto el jefe, Mussolini, como la multitud son dos personajes absolutamente arqueológicos. Un jefe como ese sería hoy totalmente inconcebible, no solo por la ineptitud y la irracionalidad de lo que dice, por el vacío lógico que hay detrás de lo que dice, sino también porque en el mundo moderno le sería imposible encontrar espacio y credibilidad. Bastaría con la televisión para anularlo, para destruirlo políticamente. Las técnicas de aquel jefe funcionaban en lo alto de una tribuna, en un mitin, ante las multitudes «oceánicas», pero no funcionarían nunca en una pantalla.

Esta no es una simple constatación epidérmica, puramente técnica, es el símbolo de un cambio total del modo de ser, de comunicarnos entre nosotros. Y de la multitud, esa multitud «oceánica». Basta con poner la mirada un instante en aquellos rostros para ver que esa multitud ya no existe, que está muerta, que está enterrada, que son nuestros antepasados. Basta con eso para saber que ese fascismo no ha de repetirse nunca. He aquí por qué buena parte del antifascismo actual, o al menos eso que ha dado en llamarse antifascis-

mo, es o bien ingenuo y estúpido, o bien presuntuoso y de mala fe: porque presenta o finge presentar batalla a un fenómeno muerto y enterrado, arqueológico, incapaz ya de asustar a nadie. Es, en definitiva, un antifascismo cómodo y relajado.

Creo, y lo creo profundamente, que el verdadero fascismo es eso que los sociólogos, con excesiva bondad, han denominado «la sociedad de consumo». Una definición que parece inocua, puramente indicativa. Pero nada más lejos. Si uno observa bien la realidad y, sobre todo, si uno sabe leer en las cosas que lo rodean, en el paisaje, en el diseño urbano y, sobre todo, en los hombres, ve que los resultados de esta despreocupada sociedad de consumo son los resultados de una dictadura, de un fascismo con todas las letras. En la película de Naldini veíamos a los jóvenes obedientes, de uniforme… Aunque con una diferencia. Entonces, en el instante mismo en que los jóvenes se quitaban el uniforme y se encaminaban de regreso a sus pueblos y sus campos, volvían a ser los italianos de cien, cincuenta años atrás, como antes del fascismo.

En realidad, el fascismo los había convertido en payasos, en siervos; incluso puede que en parte llegase a convencerlos, pero nunca los tocó de verdad, en el fondo del alma, en su manera de ser. Este nuevo fascismo, esta sociedad de consumo, en cambio, ha transformado profundamente a los jóvenes, los ha tocado en lo más íntimo, los ha dotado de otros sentimientos, de otras formas de pensar, de vivir, de otros modelos culturales. Ya no se trata, como en los tiempos de Mussolini, de una disciplina superficial, escenográfica, sino de una disciplina real, que les ha robado y cambiado el alma. Lo cual significa, en definitiva, que esta «civilización de consumo» es una civilización dictatorial. En pocas

palabras: si la palabra fascismo significa la prepotencia del poder, la «sociedad de consumo» ha convertido el fascismo en realidad.

Un papel marginal. Por eso he dicho que reducir el antifascismo a una lucha contra esta gente equivale a mistificar. Para mí la cuestión es muy compleja, pero también está muy clara: el verdadero fascismo, lo he dicho y lo repito, es el de la sociedad de consumo, y los democristianos, aun sin percatarse de ello, se han encontrado con que son los auténticos y genuinos fascistas de hoy. A este respecto, los fascistas «oficiales» no son más que los continuadores del fascismo arqueológico: y en calidad de tales, no deben tomarse en consideración. En este sentido, Almirante, por mucho que haya intentado actualizarse, se me antoja igual de ridículo que Mussolini[19]. Más real es el peligro que representan los jóvenes fascistas, el sector neonazi del fascismo, que hoy por hoy cuenta con unos pocos miles de fanáticos, pero que mañana podría convertirse en un ejército.

A mi juicio, Italia vive hoy algo similar a lo que ocurrió en Alemania en los albores del nazismo. En la actualidad estamos asistiendo en Italia a esos fenómenos de homogeneización y abandono de los antiguos valores campesinos, tradicionales, particularistas, regionales, que fue el humus en el que germinó la Alemania nazi. Hay una enorme masa de gente que fluctúa en un estado de imponderabilidad de valores y que todavía no ha adquirido los nuevos valores surgidos con la industrialización. Es el pueblo que se convierte en pequeña burguesía, pero que todavía no es lo uno ni es ya lo otro. En mi opinión, el núcleo del ejército nazi estuvo integrado justamente por esta masa híbrida, ese fue el material humano del que salieron los nazis en Alemania. E Italia corre ese mismo peligro.

Por lo que respecta a la caída del fascismo, hubo ante todo un factor contingente, psicológico. La victoria, el entusiasmo de la victoria, el renacer de la esperanza, la sensación de la libertad recobrada y de una forma de ser totalmente nueva hicieron a los hombres más buenos después de la liberación. Sí, *más buenos*, pura y simplemente.

Pero después hubo otro factor más real todavía: el fascismo que habían experimentado los hombres de entonces, los que eran antifascistas y habían vivido las experiencias del ventenio, de la guerra, de la Resistencia, era, pensándolo bien, un fascismo mejor que el actual. Diría que veinte años de fascismo no dejaron tantas víctimas como las que ha dejado el fascismo de estos últimos años. Nunca en esos veinte años se produjeron actos tan horribles como las masacres de Milán, Brescia y Bolonia. Hubo el crimen de Matteotti, es cierto, y hubo otras víctimas en ambos bandos, pero la prepotencia, la violencia, la maldad, la inhumanidad, la frialdad glacial de los crímenes cometidos a partir del 12 de diciembre de 1969 es algo que en Italia no se había visto nunca[20]. Por eso encontramos hoy más odio, más escándalo, menos capacidad para perdonar... Solo que este odio se dirige, a veces con buena fe y otras con perfecta mala fe, contra el adversario equivocado, contra los fascistas arqueológicos en vez de contra el poder real.

Sigamos el rastro de los sectores conservadores. Tengo una idea, quizá algo novelesca, aunque diría que correcta, de cómo funciona la cosa. La trama es la siguiente. Los hombres con poder, y podría dar nombres sin miedo a equivocarme demasiado —en cualquier caso, algunos de los hombres que nos gobiernan desde hace treinta años—, empezaron administrando la estrategia de la tensión con un talante anticomunista; después, pasada la preocupación de la

subversión del 68 y del peligro comunista inmediato, esas mismas personas se pusieron a administrar la estrategia de la tensión antifascista. Las masacres, por lo tanto, las han perpetrado siempre las mismas personas. Primero cometieron la de la Piazza Fontana y acusaron a los extremistas de izquierda, después cometieron las de Brescia y Bolonia, acusaron a los fascistas e intentaron restituirse de prisa y corriendo aquella virginidad antifascista que tanto necesitaban, después de la campaña del referéndum y después del referéndum, para continuar administrando el poder como si nada hubiera ocurrido.

En cuanto a los episodios de intolerancia que usted menciona, yo no hablaría exactamente de intolerancia. O, al menos, no de la intolerancia típica de la sociedad de consumo. En realidad, se trata de casos de terrorismo ideológico. Desafortunadamente, las izquierdas viven hoy por hoy en un estado de terrorismo que nace en el 68 y que continúa hasta la actualidad. No diré que un profesor que, encandilado por cierto izquierdismo, se niega a aprobar a un universitario de derechas sea un intolerante. Digo que está aterrorizado. O que es un terrorista. Pero este tipo de terrorismo ideológico guarda tan solo un parentesco formal con el fascismo. Terroristas son tanto unos como otros, cierto. No obstante, bajo el esquema de estas dos variantes a veces idénticas, hay que identificar realidades profundamente distintas. De lo contrario, vamos a parar sin remedio a la teoría de los «extremismos opuestos» o la del «estalinismo igual a fascismo».

Describo estos episodios como terrorismo y no como intolerancia porque, a mi juicio, la verdadera intolerancia es la de la sociedad de consumo, la de la permisividad concedida desde arriba, querida desde arriba, que es la verdadera, la

peor, la más taimada, la más fría y despiadada forma de intolerancia. Porque es intolerancia disfrazada de tolerancia. Porque no es auténtica. Porque puede revocarse cada vez que el poder lo crea necesario. Porque es el verdadero fascismo del que luego sale el antifascismo de boquilla: inútil, hipócrita, esencialmente grato al régimen.

(Entrevista de Massimo Fini. *L'Europeo*, 26 de diciembre de 1974)

El artículo de las luciérnagas

«La distinción entre fascismo adjetivo y fascismo sustantivo se remonta nada menos que a la revista *Il Politecnico*, es decir, a la inmediata posguerra.» Así empieza un artículo de Franco Fortini sobre el fascismo (*L'Europeo*, 26-12-1974): artículo que, como se dice, suscribo total y absolutamente. Sin embargo, no puedo suscribir su tendencioso exordio. Y es que la distinción entre «fascismos» que se hace en *Il Politecnico* no es ni pertinente ni actual. Podría haber valido hasta hace un decenio: cuando el régimen democristiano todavía era la pura y simple continuación del régimen fascista.

Pero hace un decenio ocurrió «algo». «Algo» que no podía preverse, no solo en los tiempos de *Il Politecnico*, sino tampoco un año antes de que ocurriese (o ni siquiera, como veremos, mientras ocurría).

La comparación real entre «fascismos» no puede llevarse a cabo de forma «cronológica», entre el fascismo fascista y el fascismo democrático: debe hacerse entre el fascismo fascista y el fascismo radical, total e imprevisiblemente nuevo nacido de ese «algo» que ocurrió hace un decenio.

Puesto que soy escritor y escribo para polemizar, o al menos discutir, con otros escritores, permítaseme que dé una definición de tipo poético-literario de ese fenómeno que tuvo lugar en Italia hace un decenio. Ello servirá para simplificar y abreviar lo que aquí voy a decir (y, probablemente, hasta para entenderlo mejor).

A comienzos de los años sesenta, debido a la contaminación del aire y, sobre todo en el campo, del agua (los azules ríos y las acequias transparentes), las luciérnagas empezaron a desaparecer. Fue un fenómeno fulminador y fulgurante. Al cabo de pocos años, ya no quedaban luciérnagas. (Ahora son un recuerdo, bastante desgarrador, del pasado: y un hombre mayor que conserve ese recuerdo no es capaz de reconocer su propia juventud en los jóvenes de hoy, y por tanto no puede ya sentir las bellas añoranzas de antaño.)

Así pues, a ese «algo» que ocurrió hace un decenio lo llamaré «la desaparición de las luciérnagas».

El régimen democristiano ha tenido dos fases totalmente distintas que no solo no pueden compararse entre sí, lo cual implicaría cierto grado de continuidad, sino que además son históricamente inconmensurables.

La primera fase de ese régimen (como, con razón, han insistido en llamarlo los radicales) es la que va desde el final de la guerra hasta la desaparición de las luciérnagas; la segunda es la que va desde la desaparición de las luciérnagas hasta hoy. Examinémoslas de una en una.

Antes de la desaparición de las luciérnagas. La continuidad entre fascismo fascista y fascismo democrático es completa y absoluta. Callaré sobre lo que, a este respecto, se decía ya entonces, quizá justamente en *Il Politecnico*: la falta de depuración, la continuidad de los códigos, la violencia policial, el desprecio por la Constitución. Me detendré en lo que luego fue importante para una conciencia histórica retrospectiva. La democracia que los antifascistas democristianos oponían a la dictadura fascista era descaradamente formal.

Se fundamentaba en una mayoría absoluta obtenida a través de los votos de grandes grupos de clase media y enormes masas de campesinos, bajo control del Vaticano. Este

control del Vaticano solo era posible gracias a un régimen totalmente represivo. En un universo como ese, los «valores» que contaban eran los mismos que en el fascismo: la Iglesia, la patria, la familia, la obediencia, la disciplina, el orden, el ahorro, la moralidad. Esos «valores» (como durante el fascismo), además, eran «reales»: es decir, pertenecían a las culturas particulares y concretas que componían la Italia arcaicamente agrícola y paleoindustrial. Sin embargo, a partir del momento en que se adoptaron como «valores» nacionales, estaban condenados a perder toda su realidad y a convertirse en un atroz, estúpido y represivo conformismo de Estado: el conformismo del poder fascista y democristiano. El provincialismo, la zafiedad y la ignorancia tanto de las élites como, a otro nivel, de las masas fueron los mismos durante el fascismo que durante la primera fase del régimen democristiano. Paradigmas de esta ignorancia fueron el pragmatismo y el formalismo del Vaticano.

Todo esto resulta hoy claro e inequívoco, porque entonces intelectuales y opositores abrigaban esperanzas insensatas. Esperaban que todo aquello no fuera del todo cierto y que, en el fondo, la democracia formal contase para algo.

Antes de pasar a la segunda fase, dedicaré unas líneas al momento de la transición.

Durante la desaparición de las luciérnagas. Puede que la distinción entre fascismo y fascismo que describía *Il Politecnico* todavía tuviera validez en este periodo. En efecto, tanto el gran país que estaba formándose dentro del país —es decir, la masa obrera y campesina organizada en torno al PCI— como los intelectuales, aun los más adelantados y críticos, no habían advertido que «las luciérnagas estaban desapareciendo». Estos contaban con una base de conocimientos más o menos sólida gracias a la sociología (que por aquellos

años había puesto en crisis el método del análisis marxista): pero todavía eran conocimientos no vividos, básicamente formulistas. Nadie podía sospechar cuál sería la realidad histórica del futuro inmediato: ni identificar lo que por entonces se llamaba «bienestar» con el «desarrollo» que por primera vez había de consumar plenamente en Italia el «genocidio» del que hablaba Marx en el *Manifiesto*.

Después de la desaparición de las luciérnagas. De repente, los «valores» nacionalizados, y por ende falsificados, del antiguo universo agrícola y paleocapitalista ya no cuentan. La Iglesia, la patria, la familia, la obediencia, el orden, el ahorro, la moralidad ya no cuentan. Ni siquiera sirven ya para nada, en cuanto que son falsos. Perviven en el clerofascismo marginal (hasta el MSI, en general, los repudia). Los reemplazan los «valores» de un nuevo tipo de civilización, totalmente «ajena» a la civilización campesina y paleoindustrial. Otros Estados habían pasado ya antes por lo mismo. Pero el caso de Italia es muy peculiar, ya que se trata de la primera «unificación» real que experimenta el país; en cambio, en otros países se solapa, con cierta lógica, con la unificación monárquica y la ulterior unificación de la revolución burguesa e industrial. El trauma italiano del contacto entre el «arcaísmo» pluralista y la nivelación industrial tiene tal vez un único precedente: la Alemania de antes de Hitler. También allí los valores de las distintas culturas particulares quedaron destruidos por la cruenta homogeneización de la industrialización: con la consiguiente formación de aquellas enormes masas que ya no eran antiguas (campesinas, artesanas) pero todavía tampoco modernas (burguesas) y que integraron el salvaje, aberrante e imponderable cuerpo de las tropas nazis.

En Italia está sucediendo algo parecido: y de un modo todavía más violento, ya que la industrialización de los años setenta representa una «mutación» decisiva incluso en comparación con la que tuvo lugar en Alemania hace cincuenta años. Como todo el mundo sabe, lo que tenemos delante ya no son los «nuevos tiempos», sino una nueva época de la historia humana: de esa historia humana cuyas etapas se miden en milenios. Era imposible que los italianos reaccionaran peor de como lo han hecho ante un trauma histórico semejante. En pocos años se han convertido (sobre todo en el centro-sur) en un pueblo degenerado, ridículo, monstruoso, criminal. No hay más que salir a la calle para entenderlo. Aunque, naturalmente, para entender los cambios de la gente, hay que amarla. Yo, por desgracia, a estas gentes italianas las había amado: tanto fuera de los esquemas del poder (es más, en desesperada oposición a estos) como fuera de los esquemas populistas y humanitarios. Se trataba de un amor real, arraigado en mi forma de ser. He visto, pues, «con mis sentidos» cómo la conducta compulsiva del poder del consumo recreaba y deformaba la conciencia del pueblo italiano hasta degradarla de un modo irreversible. Cosa que no había sucedido durante el ventenio fascista, periodo en el que la conducta se hallaba totalmente disociada de la conciencia. En vano el poder «totalitario» iteraba y reiteraba sus imposiciones conductuales: la conciencia no se veía implicada. Los «modelos» fascistas no eran otra cosa que máscaras de quita y pon. Cuando el fascismo fascista cayó, todo volvió a ser como antes. Se ha visto también en Portugal: después de cuarenta años de fascismo, el pueblo portugués ha celebrado el Primero de Mayo como si el último lo hubiera celebrado el año anterior.

Es ridículo, por tanto, que Fortini retrotraiga la distinción entre fascismo y fascismo a la primera posguerra: la distinción entre el fascismo fascista y el fascismo de esta segunda fase del poder democristiano no solo no tiene precedentes en nuestra historia, sino que probablemente tampoco los tenga en toda la historia.

No obstante, no escribo este artículo con ánimo de polemizar sobre este punto, por más importante que me parezca. Escribo este artículo, en realidad, por una razón muy distinta. Es la siguiente.

Todos mis lectores se habrán percatado sin duda del cambio que se ha producido entre los poderosos democristianos: en pocos meses, se han convertido en máscaras funerarias. Cierto: continúan exhibiendo sonrisas radiantes, de una sinceridad increíble. En sus pupilas se condensa la verdadera y beata luz del buen humor. Cuando no la cómplice luz de la argucia y la picardía. Cosa que, al parecer, a los votantes les gusta tanto como la plena felicidad. Además, nuestros poderosos siguen impertérritos con sus incomprensibles peroratas: en las que sale a relucir el *flatus vocis* de las típicas promesas estereotipadas.

En realidad no son más que máscaras. Estoy seguro de que si les quitásemos la máscara, no encontraríamos ni siquiera un montón de huesos o ceniza: encontraríamos la nada, el vacío.

La explicación es sencilla: en Italia hay actualmente un dramático vacío de poder. Y esa es la cuestión: no un vacío de poder legislativo o ejecutivo, no un vacío de poder directivo ni, en fin, un vacío de poder político en cualquiera de sus sentidos tradicionales. Sino un vacío de poder en sí.

¿Cómo hemos llegado a este vacío? O, mejor, ¿«cómo han llegado a él los hombres con poder»?

La explicación, una vez más, es sencilla: los hombres con poder democristianos han pasado de la «fase de las luciérnagas» a la «fase de la desaparición de las luciérnagas» sin darse cuenta. Aunque esto pueda parecer algo rayano en lo criminal, su inconsciencia al respecto ha sido absoluta: en ningún momento han sospechado que el poder, que ellos ostentaban y administraban, no estaba sufriendo una evolución «normal», sino que estaba cambiando radicalmente de naturaleza.

Se hicieron la ilusión de que, a grandes rasgos, en su régimen todo continuaría igual: de que, por ejemplo, podrían contar hasta el fin de los tiempos con el Vaticano, sin darse cuenta de que el poder, que ellos continuaban ostentando y administrando, ya no sabía qué hacer con el Vaticano como centro de la vida campesina, retrógrada, pobre. Se habían hecho la ilusión de que podrían contar hasta el fin de los tiempos con un ejército nacionalista (igual que sus predecesores fascistas): y no veían que el poder, que ellos ostentaban y administraban, ya estaba maniobrando para sentar las bases de nuevos ejércitos transnacionales, poco menos que policías tecnocráticas. Lo mismo cabe decir a propósito de la familia, obligada, sin solución de continuidad desde los tiempos del fascismo, al ahorro, a la moralidad: ahora el poder del consumo la obligaba realizar cambios radicales, incluso a aceptar el divorcio y, en potencia, todo lo demás, ya sin limitaciones (o, por lo menos, dentro de los límites de la permisividad del nuevo régimen, peor que totalitario en cuanto violentamente totalizador).

Los hombres con poder democristianos sufrieron todo esto, creyendo que lo estaban administrando. No se dieron cuenta de que esto era «otra cosa»: inconmensurable no solo para ellos, sino para toda una forma de civilización. Co-

mo siempre (cf. Gramsci), los síntomas solo se manifestaron en la lengua. Durante la fase de transición —es decir, «durante la desaparición de las luciérnagas»—, los hombres con poder democristianos cambiaron casi con brusquedad su manera de expresarse, adoptando un lenguaje completamente nuevo (y, por cierto, tan incomprensible como el latín): sobre todo Aldo Moro, es decir (por una enigmática correlación), el que parecía estar menos implicado en los horrores cometidos desde el 69 hasta hoy, en un intento, hasta el momento formalmente exitoso, de conservar el poder[21].

Digo formalmente porque, repito, en la realidad, lo que ocupan los poderosos democristianos con sus maniobras de autómata y sus sonrisas es el vacío. El poder real sigue adelante sin ellos: y lo único que estos siguen teniendo en las manos es un aparato inútil que solo confiere sustancia a sus luctuosos trajes cruzados.

Con todo, el «vacío» no puede subsistir en la historia: solo puede predicarse en abstracto y por absurdo. Es probable que el «vacío» del que hablo ya esté llenándose, a través de una crisis y una reorganización que será imposible que no acabe trastornando a todo el país. Indicio de ello es, por ejemplo, la espera «morbosa» de un golpe de Estado. Como si se tratase tan solo de «sustituir» al grupo de hombres que tan espantosamente ha gobernado durante treinta años, abocando a Italia al desastre económico, ecológico, urbanístico, antropológico. En realidad, la falsa sustitución de estos «hombres de paja» por otros «hombres de paja» (no menos fúnebremente carnavalescos, al contrario), ejecutada a través del refuerzo artificial de los viejos aparatos del poder fascista, no serviría de nada (y tengamos claro que, en tal caso, la «tropa» ya sería, por su propia constitución, nazi). El poder real al que los «hombres de paja» vienen sirviendo

desde hace un decenio sin caer en la cuenta de su realidad: esto es lo que podría haber llenado ya el «vacío» (anulando de paso la posible participación en el Gobierno del gran país comunista que ha nacido del desmoronamiento de Italia: porque no se trata de «gobernar»). De ese «poder real» tenemos imágenes abstractas y, en el fondo, apocalípticas: no acertamos a concebir qué «formas» podría asumir si ocupase directamente el lugar de los siervos que veían en él una simple «modernización» técnica. Sea como fuere, por lo que a mí respecta (si es que eso tiene algún interés para el lector), quiero que quede claro: yo, por muy multinacional que sea, daría toda la Montedison por una luciérnaga.

(*Corriere della Sera*, 1 de febrero de 1975, con el título «El vacío de poder en Italia»)

PIER PAOLO PASOLINI nació en Bolonia en 1922. Estudió Arte y Literatura en la Universidad de Bolonia y ejerció como profesor desde 1943 hasta 1949. Tras trasladarse a Roma en 1950 comenzó a publicar una larga lista de novelas (*Una vida violenta, Amado mio*), poemarios (*Las cenizas de Gramsci, La religión de mi tiempo, Poesía en forma de rosa*) y ensayos que le situaron a la vanguardia de la literatura italiana de posguerra. De forma paralela, en los años sesenta Pasolini iniciaría una exitosa y controvertida carrera de director cinematográfico con películas como *El evangelio según San Mateo, Mamma Roma o Teorema*. En 1973 comienza a colaborar con el diario *Corriere della Sera*, donde escribe una serie de artículos, publicados más tarde en los volúmenes *Escritos corsarios* (1975) y *Cartas luteranas* (póstumo, 1976), en los que aborda los temas candentes de la Italia contemporánea. Sus obras reflejan las contradicciones surgidas al calor de las difíciles transformaciones sufridas por su país tras la Segunda Guerra Mundial: el paso del fascis-

mo a la democracia o la posterior transición de una sociedad «primitiva» a la instauración del consumo de masas. Pasolini murió asesinado en Ostia, cerca de Roma, en 1975.

Notas

[1] Todas las notas de esta edición son del traductor, a excepción de las del ensayo «Fascistas: padres e hijos», que pertenecen a la edición italiana de este volumen en la editorial Garzanti. <<

[2] No ha sido posible identificar con certeza absoluta la entrevista a la que alude Pasolini. <<

[3] Estas palabras resuenan, casi idénticas, en el poema «El hombre de Bandung» (verano de 1961-octubre de 1962): «Pensad vosotros en el destino / de vuestros hijos: mi imprecación / de católico, de puritano traicionado, / es (así no se cumpla): "¡Tened hijos fascistas! / ¡Que os destruyan con las ideas / nacidas de vuestras ideas! / ¡Con el odio / nacido de vuestro odio!"». <<

[4] La primera referencia es al referéndum sobre el divorcio celebrado el 12 de mayo de 1974, con victoria del «no» (es decir, de quienes eran favorables al divorcio). La masacre de Brescia fue un atentado con bomba que provocó 8 muertos y 102 heridos al paso de una manifestación contra el terrorismo de extrema derecha. Fue uno de los múltiples atentados que marcaron los llamados «años de plomo». <<

[5] Amintore Fanfani, secretario nacional del partido Democracia Cristiana, fue el principal valedor del «sí» en el referéndum. Enrico Berlinguer era el secretario general del Partido Comunista Italiano. <<

[6] Giancarlo Esposti fue un terrorista de extrema derecha, miembro de las Escuadras de Acción Mussolini y autor de varios atentados con explosivos hacia principios de la década de 1970. <<

[7] António de Spínola, antiguo vicejefe del estado mayor del ejército de Portugal, fue uno de los líderes del Movimiento de las Fuerzas Armadas, grupo que promovió el golpe conocido como Revolución de los Claveles, que acabaría con el régimen salazarista en abril de 1974. Marcelo Caetano fue último primer ministro de la dictadura salazarista. <<

[8] El caso Montesi hace referencia a la muerte, en abril de 1953, de la joven Wilma Montesi, cuya investigación salpicó a varios miembros de la política italiana. El caso no llegó a resolverse nunca. El 10 de marzo de 1974, el semanario *L'Espresso* publicó una conversación telefónica en la que el expresidente del Consejo de Ministros Giulio Andreotti amenazaba al expresidente del Senado Amintore Fanfani (ambos democristianos) con hablar de la financiación de los partidos, mientras que este amenazaba al primero con filtrar información sobre el caso Montesi. <<

[9] El término *Italietta* aparece hacia principios del siglo XX como sinónimo de país provinciano y sin grandes ambiciones. <<

[10] Se refiere al poema «Significado de la añoranza», posteriormente incluido en el libro *La nueva juventud* (1975). <<

[11] *Il Borghese* es un semanario de orientación conservadora; en 1974 lo dirigía Mario Tedeschi, a la sazón también senador por el partido Movimiento Social Italiano-Derecha Nacional (MSI). El filósofo Armando Plebe había empezado su

andadura en las filas del marxismo, pero en 1974 era miembro del MSI. <<

[12] Ernesto De Martino (1908-1965) fue un destacado antropólogo italiano, conocido sobre todo por sus estudios sobre el pensamiento mágico y el sur de Italia. <<

[13] Marco Pannella (1930-2016) fue un destacado activista y político, protagonista de varias huelgas de hambre, la última en 2011, con ochenta años. En 1974 era presidente del Partido Radical. <<

[14] El padre Giovanni Franzoni era un teólogo benedictino partidario de que los católicos votasen con libertad de conciencia en el referéndum sobre el divorcio de 1974. <<

[15] Carlo Fumagalli, fundador del grupo terrorista neofascista Movimiento de Acción Revolucionaria, había sido detenido en 1973. <<

[16] Ferruccio Parri fue partisano y primer ministro en 1945; Adriano Sofri es un activista comunista. Entre los políticos mencionados a continuación figuran democristianos, socialdemócratas y liberaldemócratas; todos ellos desempeñaron importantes cargos (diputados, ministros, primeros ministros, presidentes de la República) entre finales de los años cuarenta y principios de los setenta. <<

[17] Giovanni Faldella (1846-1928) fue un periodista y escritor famoso por su expresividad lingüística y el uso del dialecto. Pasolini se refiere aquí a su novela *Donna Folgore*, publicada por primera vez en 1974. <<

[18] El poeta Gabriele D'Annunzio, al mando de unos ocho mil hombres, trató de anexionar a Italia la ciudad fronteriza de Fiume (actual Rijeka, en Croacia), ocupándola entre septiembre de 1919 y diciembre de 1920. <<

[19] Giorgio Almirante fue uno de los fundadores del partido neofascista Movimiento Social Italiano, del que era secretario en 1974. <<

[20] Giacomo Matteotti (1885-1924) fue un político socialista al que una escuadra fascista secuestró y asesinó en junio de 1924; la implicación de Mussolini en los hechos nunca llegó a demostrarse. El 12 de diciembre de 1969 es la fecha del atentado de la Piazza Fontana de Milán, que dejó 17 muertos y 88 heridos. <<

[21] En 1975, Aldo Moro era presidente del Consejo de Ministros. Pese a ser uno de los fundadores de la Democracia Cristiana, fue también uno de los defensores de la contemporización con los sectores comunistas (la llamada «estrategia de la atención», por oposición a la «estrategia de la tensión»). <<

ÍNDICE

El fascismo de los antifascistas 2
Nota al texto 4
Fascistas: padres e hijos 6
Estudio sobre la revolución antropológica en Italia 11
El verdadero fascismo y, por tanto, el verdadero antifascismo 18
Limitación de la historia e inmensidad del mundo campesino 25
El fascismo de los antifascistas 31
Pobres pero fascistas 39
Fascista 43
El artículo de las luciérnagas 49
Sobre el autor 58
Notas 60